

DIOS
EN LA TIERRA DE
NARNIA



KURT BRUNER
JIM WARE



Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois

Visite la emocionante página de Tyndale en la red informática: www.tyndale.com

TYNDALE es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

La pluma del logotipo de Tyndale es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Narnia es una marca registrada de C. S. Lewis (Pte) Ltd.

Título original: *Finding God in the Land of Narnia* (Tyndale, 2005)

Dios en la tierra de Narnia

© 2005 por Kurt Bruner y Jim Ware. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © 2004 por Jonatán y Ángela/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada del eslabón del poste del farol © por Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor Jim Ware © 2003 por Tom Sluder Photography. Todos los derechos reservados.

Diseño: Luke Daab

Traducción: Patricia Cabral y Virginia Powell

Edición: Adriana Powell y Omar Cabral

Referencias Bíblicas tomadas de *La Biblia de las Américas* y de la versión *Dios Habla Hoy*.

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de La Nueva Versión Internacional de la Biblia, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos con la indicación RVR han sido tomados de la versión Reina Valera 1995, © 1995 por la American Bible Society. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Bruner, Kurt D.

[Finding God in the land of Narnia. Spanish]

Dios en la tierra de Narnia / Kurt Bruner, Jim Ware.

p. cm.

Includes bibliographical references.

ISBN-13: 978-1-4143-1030-5

ISBN-10: 1-4143-1030-7

1. Lewis, C. S. (Clive Staples), 1898-1963. Chronicles of Narnia. 2. Children's stories, English—History and criticism. 3. Christian fiction, English—History and criticism. 4. Fantasy fiction, English—History and criticism. 5. Spiritual life in literature. 6. Narnia (Imaginary place). 7. God in literature. I. Ware, Jim. II. Title.

PR6023.E926C532318 2005

823'.912—dc22

2005027895

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

09 08 07 06

6 5 4 3 2

Contenido

Introducción (Kurt Bruner)	ix
La canción de Aslan	I
El mal ha entrado	7
Todos consiguen lo que desean	15
Grietas y abismos	23
Delicias turcas	31
No es inofensivo, pero sí bondadoso	39
Papá Noel	47
Magia profunda y aun más profunda	55
Hijos de Adán e hijas de Eva	63
Irresistiblemente llevado	71
Antiguos Narnianos	79
Extraña ayuda	87
Fiesta divina	95
Cambio de ropa	103
La señal del albatros	III
La mesa peligrosa	117
El mayor anhelo	125

Sólo podemos pedir	133
Aliento de León	141
Un pie en el fuego	147
Fracasado pero bendecido	155
“¡A Narnia y al Norte!”	163
El más desdichado	169
El bien que podríamos hacer	177
Poder verlo	185
Más arriba y más adentro	191
Epílogo (Jim Ware)	199
Notas	209
Bibliografía	215

Introducción

Dicen que una prueba para medir el egocentrismo es preguntarnos cuántas personas necesitan lucir bien en una fotografía de grupo, para que la foto nos guste. Supongo que soy egocéntrico. Por eso me desilusionó tanto una instantánea sacada en 1999 durante nuestro viaje a Inglaterra. Mi esposa Olivia se ve fantástica. Yo parezco un tonto. Por lo tanto decidí que correspondía dejarla en el cesto de papeles . . . hasta que algo me llamó la atención en el ángulo superior izquierdo, convirtiéndola en una de mis fotos favoritas.

Mientras hacía un viaje de negocios a Londres me tomé un día para visitar un pub conocido como *The Eagle and Child*, donde varios escritores que se llamaban a sí mismos los “*inklings*” se reunían periódicamente, seis décadas atrás, para escuchar y comentar partes de sus escritos. Durante años me había imaginado lo que hubiera sido sentarme en ese pintoresco pub inglés tratando de escuchar la conversación de dos de mis héroes literarios: J. R. R. Tolkien, creador de la Tierra Media, y C. S. Lewis, el hombre que imaginó la tierra de Narnia. Unos cincuenta años después, lo máximo que logré fue visitar el lugar y ocupar quizás la misma mesa, donde

dos de los escritores cristianos más brillantes de este siglo se habían sentado.

No sé qué esperaba encontrar . . . tal vez un relicario que marcara el lugar donde estos grandes hombres se habían reunido, o una galería exponiendo su legado, o una sala de lectura llena de sus libros. Lo que encontré era algo totalmente diferente. El pub era nada más que, bueno, un pub. La gente, mayormente estudiantes, estaba sentada alrededor comiendo, bebiendo, fumando y conversando. Por lo que yo alcanzaba a ver no había ni un alma que tratara el lugar con la debida reverencia. Ni una sola persona parecía estar reflexionando sobre los temas espirituales de Tolkien, de Lewis, o de algún otro. Y así, decepcionado por la vulgaridad del lugar e incapaz de localizar una mesa “en memoria de” mis héroes literarios, le pedí a alguien que nos tomara una rápida foto antes de salir.

Semanas después, ya en casa, mi esposa y yo estábamos revisando las fotografías de recuerdo de nuestro viaje. Fue entonces que noté que en la foto donde Olivia luce bien y yo parezco un tonto, aparecía la mitad inferior de un cuadro. ¡Al parecer, exactamente detrás de la mesa donde nos habíamos estado sentados mi esposa y yo había un cuadro de C. S. Lewis! El lugar estaba demasiado oscuro y el humo era demasiado espeso para notarlo, pero el flash de la cámara reveló que supuestamente estábamos sentados en el mismísimo lugar donde Lewis y Tolkien lo habían hecho en otros tiempos. Ahora les puedo decir a mis amigos que fui a Oxford y me saqué

una foto con el hombre de cuya imaginación habían salido Las Crónicas de Narnia; el hombre que, casualmente, hizo más que ningún otro por inspirar mi fe.

Los comienzos

C. S. Lewis —Jack para sus amigos— es hoy conocido como el profesor de Oxford que se convirtió en un gran apologista de la fe cristiana. No siempre fue así. En efecto, ingresó a Oxford siendo escéptico, y consideraba que el mensaje cristiano era sólo un mito más de los que traen consuelo a los débiles de espíritu, pero ofrece muy poco a los de mentalidad más sofisticada. “No creo en ninguna religión,” le escribía Jack, por entonces un jovencito de diecisiete años, a un amigo. “No hay en absoluto pruebas para ninguna religión. Y desde el punto de vista filosófico, el cristianismo no es la mejor.” Sin embargo, al llegar a los treinta y dos años tenía una visión muy diferente, como se ve en una nota que envió a este mismo amigo. “El cristianismo es Dios expresándose por medio de lo que llamamos ‘cosas reales’ . . . es decir, por medio de la encarnación, la crucifixión, y la resurrección.”

¿Qué había hecho que Lewis cambiara tanto? En pocas palabras, la fantasía. No es una exageración decir que el viaje de fe de Lewis comenzó con la lectura de relatos cargados de verdades que despertaron en él el deseo de algo que no poseía. Como el delicioso aroma de galletitas horneadas en casa, estas

historias “olían a alegría” y despertaron su apetito por conocer la plena realidad de su origen.

Años más tarde, Lewis honró al autor de estos cuentos, George MacDonald, el ministro religioso del siglo XIX, y le atribuyó haber sido quien influenció sobre prácticamente cada palabra que había escrito, incluyendo Narnia. Comenzó con *Phantastes*, un sueño en el que un niño desea visitar el país de las hadas. Se despierta al día siguiente en un bosque encantado en donde descubre una mezcla de profunda felicidad y aventuras de peligro, incluyendo una suerte de experiencia de muerte y renacimiento. Al comienzo Lewis no captó la historia ni el deseo que esta le había provocado de llegar a ser cristiano. Sólo después, cuando reconoció el origen de aquel aroma, Lewis se dio cuenta lo que había ocurrido. Dijo que “cruzó la gran frontera” mientras leía *Phantastes*, el libro que lo había puesto en la búsqueda y la conquista de la alegría. Esta búsqueda finalmente encontró el origen en ese mismo Dios del cristianismo abandonado por él en la niñez. De modo que gracias a la imaginación de George MacDonald, C. S. Lewis halló el camino a casa, y allí encontró una bandeja de galletitas calientes.

Yo tuve una experiencia similar mientras estaba sentado en un estudio de grabación en Londres. Como director ejecutivo de la dramatización radial de *Las crónicas de Narnia* tuve el privilegio de trabajar con un grupo sumamente talentoso de escritores, productores y actores, a medida que daban vida a estos siete relatos maravillosos. Con los ojos cerrados escu-

chaba las voces del otro lado del vidrio, mientras en el escenario de mi mente iba adentrándome en el drama. Cada encuentro con el gran León Aslan me producía un estremecimiento en todo el cuerpo y un nudo en la garganta. Era como encontrarme con algo . . . en realidad con Alguien, más atemorizante y sin embargo más reconfortante, Alguien con el que nunca antes me había encontrado. Me descubrí conmoviéndome de una manera que décadas de asistencia a la iglesia e instrucción religiosa jamás habían logrado. Estaba llegando el aroma de algo muchísimo más gozoso de lo que hasta entonces conocía.

Meses después, mi hijo de nueve años tuvo sus propios estremecimientos. Viajábamos en el automóvil escuchando la producción final de *El León, la Bruja y el ropero*. Nadie habló una palabra mientras se desarrollaba la terrible escena de la muerte de Aslan sobre la Mesa de Piedra. Una gran tristeza invadió a Shaun al absorber tanta injusticia y tanta pérdida. Pero entonces, momentos después, se sintió invadido de júbilo al descubrir que Aslan vivía nuevamente. El pesar de la muerte sobrepasado por el deleite de la resurrección hizo que Shaun no pudiera contener su entusiasmo. “¡Lo mismo que le pasó a Jesús!” gritó desde el asiento de atrás.

Como la mayoría de los niños criados en la escuela dominical, Shaun había escuchado el relato de la muerte y resurrección de Jesús docenas de veces. Se había vuelto una rutina previsible, y quizás hasta aburrida. Pero gracias a un relato

imaginario que carecía de “los vitrales y las asociaciones que van con la escuela dominical”, la verdad más maravillosa y potente de la fe cristiana había tomado a Shaun por sorpresa. El efecto en su corazón, lo mismo que en el mío sentado en el estudio, fue un soplo de verdadero gozo. Más que en sus dogmas, ingresamos en la experiencia del evangelio. A lo largo de nuestro camino cruzamos “la gran frontera” que despertó una fe nueva y más vibrante.

Otro mundo

Lo que George MacDonald hizo por la fe y la imaginación de Lewis es lo que Lewis ha hecho por millones de los que disfrutaban sus relatos de fantasía. Con una venta combinada de 85 millones de copias, y como disparador que inspiró la película de largo metraje, los siete libros de *Las crónicas de Narnia* son hoy más populares que nunca. Y por buenas razones. Con la única posible excepción de J. R. R. Tolkien, ningún escritor ha combinado tan magistralmente el encanto de la fantasía con el enriquecimiento de la fe. Los relatos de Narnia son como un alimento de vegetales y carne, pero con el sabor de torta y caramelos. Tanto el sueño del país de las hadas como la promesa del cielo invaden simultáneamente la imaginación, bautizándola con maravillosos e inesperados efectos.

El problema, naturalmente, es que rara vez asociamos el placer con aquello que nos nutre. Los cuentos de Narnia son

relatos infantiles tan buenos que nos resistimos a creer que alegorizan el relato evangélico. Lewis mismo descartó la idea de que sus historias eran meras alegorías cristianas y explicó que las verdades cristianas se abrían paso por sí mismas en los relatos. Su teología era parte de él, de modo que se hacía parte de sus creaciones, como aire burbujeando en la superficie del agua:

Algunas personas parecen creer que yo comienzo por preguntarme de qué manera puedo decirles a los niños algo del cristianismo; luego me sujeto al cuento de hadas como un instrumento; luego colecciono información sobre psicología infantil y decido para qué edad escribir; luego hago una lista de verdades cristianas y “alegorías” bien amasadas para encarnarlas. ¡Eso es pura tontería! No podría escribir así de ninguna manera. Todo comienza con imágenes: un fauno llevando un paraguas, una reina en un trineo, un león magnífico. Al principio no había nada cristiano en ellas; ese elemento fue penetrando por sí solo. Era parte de lo que ya estaba burbujeando.⁴

Los cuentos de Narnia no son alegorías. Más bien se desarrollan a partir de una hipótesis central. Supongamos que existe otro mundo poblado por animales más bien que por seres humanos. Supongamos que ese mundo cayó como el nuestro, y que en él había alguien equivalente a Cristo.

Aslan entró en Narnia en la forma de un león de la misma manera en que Jesús entró en este mundo en la forma de un hombre. Basado en esta suposición Lewis creó un mundo imaginario que pinta el tema central de nuestro mundo real: la redención por medio de la muerte y la crucifixión del Dios encarnado. La parte mágica es que el Cristo místico de alguna manera nos lleva más profundamente al Cristo real.

En mayo de 1955 la madre de un niño de nueve años llamado Lawrence le escribió a Lewis preocupada porque este amaba más a Aslan de lo que amaba a Jesús. Para su sorpresa y deleite recibió a los diez días una respuesta que decía, entre otras cosas:

En realidad Lawrence no puede amar a Aslan más de lo que ama a Jesús, aun cuando sienta que hace eso. Porque las cosas que Aslan hace y dice y por las que él lo ama son simplemente las cosas que Jesús hacía y decía. Entonces, cuando Lawrence cree que está amando a Aslan en realidad está amando a Jesús, y quizás amándolo más que antes.⁵

Otro nombre

No cabe duda de que C. S. Lewis esperaba que sus historias guiaran a sus lectores a un amor más profundo por Jesús. En efecto, no es otro que el propio Aslan quien lo dice. Al término de *La Travesía del Explorador del Amanecer*, Lucía y

Edmundo encontraron a un Cordero que los invitaba a compartir el desayuno. Esperando ver al gran León, Lucía le preguntó al Cordero si estaban en camino hacia el país de Aslan. “En realidad,” contestó el Cordero “la entrada al país de Aslan es desde vuestro propio mundo.”

Edmundo mostró su perplejidad, sorprendido al oír que podía haber un camino al país de Aslan desde su propio mundo. De modo que le preguntó al Cordero si tal camino existía, entusiasmado con la posibilidad y al mismo tiempo cauteloso, ya que le preocupaba no haber entendido bien.

De pronto, el manso Cordero se transfiguró en el gran León y dijo: “Hay un camino a mi país desde todos los mundos.”

Era el propio Aslan quien les hablaba: El alegre abrazo del reencuentro pronto se disipó ante la penosa noticia de que había llegado el momento de partir de Narnia y volver a casa. Ansiosa por saber cuándo podrían volver nuevamente, y deseando que fuera muy pronto, Lucía tuvo que enterarse que no volvería más. Ya había crecido demasiado y debía comenzar a acercarse a su propio mundo. Y si bien iba a extrañar Narnia, su verdadera tristeza era no poder ver otra vez a Aslan.

“Volverás a encontrarme, querida,” le aseguró él. “Pero allí tengo otro nombre: deberás aprender a amarme por ese nombre. Esta es precisamente la razón por la cual te traje a Narnia; que al conocerme aquí por un poco de tiempo, me conocerías mejor allá.”⁶

Esa verdad es la misma para nosotros. Lewis nos atrae hacia otro mundo para que experimentemos a Cristo por otro nombre. Y cuando después de la aventura volvemos a casa, traemos con nosotros una comprensión más profunda y un amor más intenso por el Salvador. O al menos, volvemos habiendo percibido el aroma de la alegría, y habiendo despertado en nosotros el deseo de hallar su verdadera fuente de origen.

En junio de 1953 una niña de once años llamada Hila tuvo precisamente tal despertar mientras leía los cuentos de Narnia —una experiencia que luego describió como “una indefinible emoción y deseo”. Le escribió a Lewis acerca de “ese otro nombre” que Aslan sugería. Ella, lo mismo que Edmundo, quería conocer el camino al país de Aslan desde nuestro mundo. Lewis le respondió:

En cuanto al otro nombre de Aslan, bien . . . quiero que lo adivines. Ha habido alguien en este mundo que (1) haya llegado al mismo tiempo que Papá Noel. (2) Declarara ser el hijo del Gran Rey. (3) Se entregara a sí mismo para padecer la burla y la muerte a manos de malvados y por culpa de las faltas de otros. (4) Volviera a la vida. . . . ¿De veras no sabes su nombre en este mundo?⁷

Y así comenzamos nuestro propio viaje a Narnia. Como en nuestro libro anterior, *El señor de los anillos: Más que un libro*, tocaremos brevemente escenas y temas específicos a partir

DIOS EN LA TIERRA DE NARNIA

del relato, para luego reflexionar sobre los alcances para nuestra vida en el mundo real. No tenemos la intención de convertir a los cuentos de Lewis en sermones. Pero sí nos proponemos extraer una comprensión de la fe que inspiró a su autor y dio forma a sus argumentos. Buscamos enriquecer más que remplazar la experiencia de leer *Las crónicas de Narnia*.

Tal vez usted sea un fanático de Narnia preocupado porque le parece amar a Aslan más que a Jesús, o tal vez sea un descreído que necesita cruzar el umbral de la fe. Cualquiera sea su caso, lo invitamos a trascender los sacones de piel de este mundo y entrar en el nevado bosque de la imaginación. La luz que ve más allá es mucho más que un farol. Es la luz de Dios que millones de personas han descubierto en la tierra de Narnia.



*En la oscuridad algo estaba
sucediendo finalmente. Una voz
había comenzado a cantar.*

—EL SOBRINO DEL MAGO, CAPÍTULO 8,
"LA BATALLA JUNTO AL POSTE DEL FAROL"

LA CANCIÓN DE ASLAN



Estaba oscuro como una boca de lobo. Ninguno de los seis podía ver nada. Francisco, el Cochero, supuso que habían caído accidentalmente en una boca del subterráneo en construcción. Una suposición razonable, ya que lo último que recordaba era que iba corriendo calle abajo, persiguiendo a una mujer alta, vestida de blanco, quien se había montado en el caballo que le había robado. Luego hubo una conmoción con dos niños pequeños y un señor mayor y, de repente, el apagón. No podía detectar ni un rastro de luz. Daba igual tener los ojos abiertos o cerrados. Estaban inmersos en la más completa y total oscuridad.

Los niños, Polly y Dígory, tenían otra idea. Usando los

anillos mágicos para entrar al Bosque entre los Mundos, habían intentado traer a la Bruja Blanca de regreso a casa, la temible tierra de Charn. No habían intentado traer al tío Andrés, al Cochero o a su caballo. Pero todo aquel que toca a una persona que usa los anillos es mágicamente transportado con ella.

“Quizá esto sea Charn,” sugirió Dígory, pensando que habían llegado en medio de la noche. Pero la Bruja estaba mejor informada. Esto no era Charn. Habían caído en el lugar equivocado y llegado a un mundo vacío: un mundo aún sin forma. La Nada.

El tío Andrés, el mago que desde el comienzo los había metido en este lío mediante las artes oscuras y los anillos mágicos, le susurró cobardemente a Dígory que usaran los anillos para regresar de una vez a casa, abandonando a los otros. Dígory se resistió, reacio a abandonar a Polly o a los demás inocentes acompañantes. Mientras Andrés hostigaba al niño, fueron súbitamente acallados.

Algo estaba sucediendo. La silenciosa oscuridad había sido invadida por algo, distante y leve al principio, pero que iba creciendo gradualmente. Era música, una preciosa canción cantada por una voz excepcional. Entonces otras voces se unieron, como si la belleza, la fuerza y la reverencia estuvieran acercándose al atemorizado grupo para atravesar el sofocante vacío con la vida vibrante.

Y luego, junto con las últimas voces, el cielo negro estalló con la resplandeciente luz de las estrellas, en respuesta y en ar-

DIOS EN LA TIERRA DE NARNIA

monía con la Primera Voz. Después de eso, los colores emergieron del horizonte siguiendo nuevamente las instrucciones melódicas de la canción, y un brillante sol naciente comenzó a asomar. Para Polly, Dígory y Francisco, fueron momentos de pura dicha, parecido a zambullirse en una refrescante piscina un caluroso día de verano. Pero para la Bruja y el tío Andrés fueron terribles, y les provocaron un ominoso temor en lugar de una inexplicable alegría.

El coro continuaba, creando colinas y valles, rocas y ríos, irrumpiendo todos como si fueran semillas brotando del jardín que luego se convertiría en un mundo mucho más grande, colmado de vida.

Y entonces apareció él, la Primera Voz, de cuya boca fluía la gran canción. Era un enorme y peludo león que miraba al sol y parecía aumentar su luz. Él cambió la música, como si un nuevo movimiento de una sinfonía hubiese comenzado. Y lo hizo, invitando a la hierba, a los árboles, a las ranas, a las panteras, a los castores y los ratones, a los pájaros, a los Faunos y los Enanos y a todas las formas de criaturas existentes a florecer a la vida.

Por último, para sorpresa y emoción de los niños que observaban, el gran León dijo: “Narnia, despierta.” Fue mitad una orden, mitad una invitación, la forma de la vida recibiendo el aliento de vida. Sus palabras fueron como la señal de la batuta de un director de orquesta. Había llegado el momento de que la música que él había preparado para ellos fuese ejecutada.



“Y así sucedió,” comienza la mitología tras la Tierra Media de Tolkien, “ese Ilúvatar convocó a todos al Ainur y les expuso un poderoso tema, desarrollando ante ellos cosas más grandes y maravillosas de las que ya había revelado. . . . ‘Del tema que ya les he declarado, lo haré ahora que vosotros hacéis juntos en armonía una Gran Música. . . . Pero me sentaré y escucharé, y me deleitaré en que a través de vosotros una gran belleza haya sido convertida en canción.’”

Narnia no es el primer mundo que se origina con una canción fundacional. Décadas antes que C. S. Lewis publicara su primera fábula de Narnia, su íntimo amigo y mentor espiritual J. R. R. Tolkien había escrito *El Silmarillion*, creación mítica de un mundo cuyos habitantes serían Hobbits, Elfos, Magos y Enanos. Ambos hombres, amaban la mitología antigua, crearon otros mundos y compartieron la devoción por la fe cristiana. Y ambos se inspiraron en la historia de qué manera nuestro mundo real llegó a existir según lo describen las Escrituras.

La tierra era un caos total, las tinieblas cubrían el abismo. (GÉNESIS 1:2)

El nuestro fue una vez como el oscuro y amorfo mundo en el que cayeron Dígory, Polly y los demás. Si fuera posible visitar y experimentar tal lugar, usted se sentiría igual que ellos, como si cayera en el hoyo equivocado del Bosque entre los Mundos. Con sus ojos abiertos o cerrados, usted sentiría sólo la silenciosa y opresiva nada.

DIOS EN LA TIERRA DE NARNIA

Pero todo cambiaría rápidamente mientras usted comenzara a escuchar las primeras notas de una distante canción *in crescendo*.

Y dijo Dios: "¡Que exista la luz!" y la luz llegó a existir. (GÉNESIS 1:3)

De pronto, como encendiendo una lámpara para que usted pudiese observar al resto de la música convertirse en vida, la luz disiparía las tinieblas.

Y dijo Dios: "¡Que las aguas debajo del cielo se reúnan en un solo lugar, y que aparezca lo seco!" Y así sucedió. (GÉNESIS 1:9)

Y dijo Dios: "¡Que haya vegetación sobre la tierra; que esta produzca hierbas que den semillas, y árboles que den su fruto con semilla, todos según su especie!" . . . Y Dios consideró que esto era bueno.

(GÉNESIS 1:11-12)

Y dijo Dios: "¡Que rebosen de seres vivientes las aguas, y que vuelen las aves sobre la tierra a lo largo del firmamento!" . . . Y dijo Dios: "¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes y reptiles según su especie!" Y sucedió así. (GÉNESIS 1:20, 24)

En el todavía incompleto mundo de Narnia, el gran León cantó, y sucedió así. En nuestro mundo en formación, Dios habló, y sucedió así. Ninguna obra maestra puede cobrar forma sin un artista. Ninguna historia puede ser narrada sin su autor. Nada existe sino aquello que proviene del pincel y la paleta de Dios. Él compuso la sinfonía que los otros

simplemente ejecutan y pintó el retrato que otros reflejan. Él diseñó las primeras estructuras arquitectónicas, llamadas montañas y árboles; programó la primera computadora, llamada cerebro; e inventó la primera droga milagrosa, llamada sistema inmunológico. Todas estas cosas comenzaron en su imaginación, y esa imaginación hizo posible la nuestra.

*Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios.
Hombre y mujer los creó. (GÉNESIS 1:27)*

Nosotros componemos, pintamos, inventamos, escribimos y hacemos planes sólo porque Él lo hizo primero. O mejor dicho, porque Él lo dijo primero. La palabra de Dios, como la canción de Aslan, nos invita a conocer los milagros de la Creación, una creación que comenzó por Él, es sostenida por Él y culminará en Él.

Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén. (ROMANOS 11:36)

¡Y esa es la razón por la cual nuestro mundo y nuestra vida pueden ser transformadas, y pasar de la boca del lobo a la luz gloriosa y llena de vida!

R E F L E X I Ó N

Dios habló, o mejor aún cantó, para que nuestro mundo existiera.

Notas

El * indica que hay disponible una edición traducida al castellano con el título mencionado.

1. Downing, David: *The Most Reluctant Convert: C. S. Lewis's Journey to Faith*, InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 2002, II.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*, 66.
4. C. S. Lewis: "Sometimes Fairy Stories May Say Best What's to Be Said", en *Of Other Worlds*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1966, 36.
5. Lyle W. Dorsett & Margorie Lamp Mead, editores: *C. S. Lewis: Letters to Children*, Scribner, New York, 1996.
6. C. S. Lewis: *La travesía del "Explorador del Amanecer"*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1993, 201.
7. Dorsett & Mead: *Letters to Children*.
8. C. S. Lewis: *El sobrino del mago*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1993, 118.
9. C. S. Lewis: *Mere Christianity*, Collier Books, New York, 1952, 51.
**Cristianismo . . . ¡y nada más!*
10. C. S. Lewis: *The Great Divorce*, Simon & Schuster, New York, 1996, 74. **El gran divorcio*.
11. C. S. Lewis: *El príncipe Caspian*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1993, 168.
12. En *Cover Stories*, BBC Radio.
13. Francis Thompson: "The Kingdom of God: 'In No Strange Land'"